

POLIXENE MANDALUNIZ

Es una mujer alta, fuerte y hermosa, con vivaces ojos negros. Tiene el pelo oscuro y recio y la voz grata y segura, como hace cuarenta años la tuvo para hablar a las gentes de Euskadi. Al poco tiempo de estar a su lado me sentí transportada a su mundo, al tiempo en que esta mujer, ahora vestida de luto, comunicó su fuerte y alegre música interior al pueblo vasco. La conocí por primera vez hace años bajo el cielo azul y el sol radiante de la Tierra de Gracia y ya entonces comprendí que era una mujer especial; pero hoy, en la tarde brumosa y fría ha sido casi fácil extender mi mano para palpar su corazón lastimado por tantos dolores, pero en el que el mayor dolor de todos ha sido el destierro. Esta mujer sintió una vez una llamarada de luz dentro de sí y la supo proyectar a su pueblo. Pero durante cuarenta años ha



estado silenciosa, replegada sobre sí misma, conteniendo el impetuoso caudal de amor, entusiasmo y esperanza con que la causa de Euskadi está adherida en ella. Y la marca de su silencio, que es el silencio del pueblo vasco hace grave una sonrisa que debió ser jubilosa.

—Polixene... ¿Dónde naciste y cómo era tu familia?

—Soy vizcaína y de familia carlista. Mis padres apenas hablaban castellano y eran gente sencilla, religiosa, tradicional, con pavor por aquella nueva generación que comenzaba a plantear problemas tan graves como la causa de Euskadi. Para ellos, los nacionalistas vascos eran casi como los hippys de hoy... gentes con ideas revolucionarias que ofrecían una extraña y peligrosa flor.

—¿Cómo entraste en "Emakume Abertzale Batza"?

—Tenía 16 años cuando conocí a José de Mandaluniz, el que sería después mi esposo. De su mano entré en el Batzoki de Bilbao con un tremendo sentimiento de culpa... ten en cuenta que una mujer de 16 años entonces era apenas una niña y estaba mucho más sometida a su familia que hoy. Pero hubo un momento de revelación... y fue el día en que representaron la obra de Campion "Pedro Mari". El actor era Lucio Arechabaleta, que era joven, guapo y lo hacía muy bien. Aquel Pedro Mari dolorido y apenado que encuentra asombrado su propia nacionalidad en el momento de su muerte, cuando se da cuenta que la guerra lo fuerza a disparar contra sus hermanos, los vascos del otro lado del Pirineo, los que hablan su idioma, los que llevan el

espíritu de la vieja ley en el corazón, de los que solamente está separado por la ignorancia... bueno, entonces cayó la venda de mis ojos y comprendí, como Pedro Mari, dónde estaban mis raíces y cuál era mi verdad. Yo era vasca, soy vasca, que no es ser mejor o peor que nadie, pero que es ser fiel a sí misma. Fue entonces cuando decidí ingresar en "Emakume Abertzale Batza" y fui la afiliada n.º 8... Tengo el carnet en casa, allá, en Maracaibo.

—¿Cuándo comenzaste como oradora, Polixene?

—Bueno..., la víspera del día en que íbamos a Iruña a inaugurar el Batzoki. La oradora elegida había fallado y yo, que estaba en un rincón, no sé por qué impulso, alcé la mano y prometí hablar. Fuimos en autobús a Iruña. Todo eso lo organizaba tan bien el PNV...nos recibie-

ron a las emakumes con ramos de rosas. Recuerdo lo largos que me parecieron aquella misa y el banquete y las veces que pensé por qué me había ofrecido a semejante cosa. Pero al fin me levanté y vencí el miedo y comprendí que lo que estaba al rojo vivo en mi corazón brotaba fácilmente a mis labios..., y que los corazones de toda la gente comenzaban a hervir también.

—¿Hablabas en euskera o en erdera?

—Mitad y mitad. Cuando hablaba en euskera, que era mi idioma, en el que me había mecido mi madre, las gentes lloraban... Había un profundo sentimiento de vergüenza por hablar euskera. Así estaba el pueblo vasco entonces.

—¿Qué decías, Polixene?

—Exaltaba los valores de nuestro pueblo, aquellos valores que, como su idioma, estaban muriéndose. Yo era muy lírica y estaba, como todos, sorprendida y alucinada ante el descubrimiento de nuestra nacionalidad.

—El Partido, ¿os imponía alguna norma para vuestros discursos?

—No..., no. Sin embargo las mujeres no planteábamos cosas políticas o sociales. Eso no. Hablábamos de nuestra resurrección. Nos ofendía toda la maniobra con que habían tratado de ahogarnos y era eso lo que expresábamos. Estábamos en cierta manera orgullosas también de ser la generación que recobraba esos valores..., nuestra música, nuestras canciones, nuestro idioma...

—¿Qué emoción privaba en ti cuando hablabas?

—Una vez que perdía el miedo inicial a enfrentarme a tantas caras desconocidas y frías, me iba entrando el calor por todo lo que tenía que comunicarles y las caras se volvían amistosas de repente. Sí. Esa era la emoción más viva: la comunicación que se establecía entre lo que yo expresaba y ellos sentían.

—¿Cómo reaccionó tu familia ante tu acción como oradora?

—Primero hubo silencio. Pero un día, cuando yo estaba dando un mitin a mi pueblo, dividido en dos bandos irreconciliables, vi que mi padre y mi tío estaban allí. Creí morir. Ellos escuchaban con gran atención y cuando terminé y me dieron el ramo de rosas, bajé temblando del estrado. Mi padre era hombre de pocas palabras y me esperaba a la puerta del coche. Me abrió la puerta y entró conmigo y los demás chicos del grupo pero sin decir nada. Cuando pasamos frente a un bar donde sólo se reunían los nacionalistas, mi padre ordenó parar el coche y entonces, con los ojos brillantes de una emoción nueva pero profunda, invitó a todos a una copa. Mi padre se convenció aquel día.

—Eras maestra, ¿verdad?

—Sí..., fue andereño. De las primeras. Vicente de Amézaga firmó mi título de maestra y lo tengo también en Maracaibo. Creo que fue él el que promovió certámenes en los pueblos con los mejores

alumnos de ikastolas. Los hacíamos en los pórticos de las iglesias. Venían los aldeanos y se quedaban perplejos y emocionados porque veían que en el idioma en que tantas veces habían sido vejados, la nueva generación, la generación que estábamos incubando, podía estudiar cosas tan completas como matemáticas e historia.

—*Polixene, ¿qué significaba ser emakume?*

—Un riesgo. Un grave riesgo. Habían muerto algunos, inclusive un niño..., y muchos iban a la cárcel. Yo estuve también en la cárcel. Pero era un riesgo que había que correr porque nos ofendía lo que se había hecho contra Euskadi y nos sentíamos responsables de que nuestro país no muriera. Queríamos que participara de nuestro orgullo, de nuestra pasión, de nuestro esfuerzo... Hablé muchas veces pero también muchas veces hice trabajos más tranquilos y sencillos, aunque no menos importantes, como coser ikurriñas.

—*¿Qué gentes integraban el Partido Nacionalista Vasco y Emakume Abertzale Batza?*

—Todas las gentes de Euskadi. Todas. Se trataba de un renacer nacional y había mucho más pueblo que otra cosa. Recuerdo una manifestación de mujeres en el Campo Volantín. Habían apresado a algunos de nuestros hombres, entre ellos a mi marido, y los "pichis", una especie de cuerpo represivo que organizó la República, nos disolvió a golpe limpio. Tengo viva la imagen de Sofía McMahon dándole un zapatazo en la espalda a un pichi. Ella estaba con nosotras, las mujeres del pueblo, quiero decir.

—*¿Dónde estabas cuando estalló el Movimiento?*

—En San Telmo, en un cursillo de euskera. Fue muy confuso..., recuerdo el sentimiento de injusticia que nos colmaba, ¿Por qué?... pensábamos... También recuerdo el horror con que oíamos por radio a Queipo de Llano que nos amenazaba a las mujeres vascas con tantos horrores. También nos sentíamos confusos respecto a una iglesia que amparaba semejantes atrocidades. Sin embargo el clero vasco estuvo al lado del pueblo. No hubo división...

—*¿Estuviste en Gernika el día en que Aguirre juró su mandato?*

—No. No pude ir, pero lo escuché por radio. Yo había hablado muchas veces junto a él en los mítines y me sentí unida por su voz fuerte y segura. El Estatuto nos fue concedido a última hora y no era todo lo que pretendíamos, pero aun así sentimos como un alivio. Al fin podíamos ser nosotros, participar de nuestra política, cobijarnos bajo una ley que emanaba de nosotros mismos.

—*¿Cómo ves la intervención vasca en la guerra?*

—Fue un acto popular. Aun antes de que el gobierno vasco tomara una decisión en tal sentido, hombres de los pue-



blos habían asaltado armerías para combatir por la libertad. Yo creo que fue el pueblo, el pueblo vasco el que decidió que había que ir a la guerra. Desde los Batzokis hubo gente que convocó y a la convocatoria de un Batzoki acudía el 80 % del pueblo. Así lo vi yo entonces. Recuerdo bien aquel día; después de un bombardeo en Bilbao, con hambre, sabiendo que no teníamos posibilidad alguna de ganar aquella guerra desesperada, un viejo amigo y muy querido, se despidió de mí en la estación cantando el Euzko Gudariak. El sabía tan bien como yo que iba a morir. Pero en Euskadi bien se podía morir cantando.

—*¿Qué recuerdas de la guerra en Bilbao?*

—Tenía hijos pequeños y estaba embarazada. Tenía miedo, mucho miedo; pero había algo que nos consolaba mucho a todos y era la entrada de los barcos de Lezo, ese hombre tan valiente y amante de su patria que desafiaba el bloqueo y nos traía comida y armas. Creo que Bilbao resistió hasta los límites de lo heroico. Veinticuatro veces fue tomada Lemona por las noches, por nuestros gudaris, que bien puede decirse que pelearon con uñas y dientes. Pero al amanecer, allí estaba nuestra ikurriña saludando al sol.

—*Polixene... ¿Qué ha sido el exilio para ti?*

—Un desastre..., una ruptura. Quizás en lo material nos fue menos mal que a otros porque mi marido era futbolista y se pudo situar bien; pero no nos resignábamos a vivir fuera del país que amábamos y me dolía que mis hijos crecieran alejados de sus raíces. ¡Eso me dolía

mucho! Y sin embargo, como vasca, me he sentido universal pese a mi deseo profundo de vivir en un pueblo pequeño, en el mío. Recuerdo bien que el día en que nació mi última hija en plena guerra mundial, hubo un desembarco de americanos y una gran batalla. Eso fue en Ruen y pude asistir al funeral. Allí estaban aquellos dos mil cuerpos tendidos sobre el campo y el sacerdote derramando gotas de agua bendita sobre toda su muerte. ¿Por qué los hombres tenemos que llegar a tales extremos por defender la libertad? Entonces todo el furor de nuestra guerra, todo lo que padecemos como pueblo vasco, se revivió en mí y el hambre de justicia se me hizo tan feroz, amarga y espesa que lloré junto con todas las mujeres de largos velos negros.

—*¿Cuál fue el mitin que más te impresionó, Polixene?*

—El de Hondarrabia. Aquel día hablabamos José Antonio Aguirre, Julene Urcelay y yo. Estaba Eugenio Goyeneche también. Convocamos la unión de los vascos de los dos lados del Pirineo. Era el espíritu de Pedro Mari el que animaba aquella hermandad que la sangre y el idioma mantienen por encima de tantas estúpidas barreras. Por eso, cuando ahora camino, a los cuarenta años de mi exilio, por las calles de Donibane, no me siento extranjera porque el euskera, el viejo y entrañable euskera que fue el idioma de mis padres y el que enseñamos a los niños de los pueblos vascos en aquel maravilloso resucitar de nuestra nacionalidad, es el vínculo que me ata y une a este puerto de mar de Bizcaya.

—*Agur Polixene... Gero arte.* ■